

alumnos, pero no se detiene a analizar el carácter piramidal del servicio educativo prestado por el instituto. Abunda en información sobre la creación, desarrollo y labores del CIEA-IPN; inclusive la fotografía de la portada es la del microscopio electrónico del Departamento de Ingeniería Eléctrica del CIEA para estudios metalográficos. Como resultado, el libro da una idea muy parcial de lo que realmente es el Politécnico. Tal vez hubiera sido mejor presentar al lector un mosaico en que se incluyeran diferentes facetas de la vida politécnica.

El enfoque que da a su obra es de tipo socioeconómico. En varias ocasiones insiste sobre la función de los planes de estudio del IPN: formar los profesionistas y técnicos que requiere el desarrollo y progreso del país, e integrar al mayor número de sus egresados a la población económicamente activa. Sin embargo, los datos aquí aportados no permiten percibir con claridad hasta qué punto el Politécnico cumple este objetivo.

Héctor DÍAZ ZERMEÑO
El Colegio de México

Gene M. BRACK: *Mexico views Manifest Destiny — 1821-1846 — An essay on the origins of the Mexican War*, Albuquerque University of New Mexico Press, 1975.

Cuando el 24 de abril de 1846 las fuerzas de caballería mexicana y norteamericana, al mando de los generales Torrejón y Thorton respectivamente, se enfrentaron en una escaramuza, no sólo se inició la guerra del 47, sino también la disputa en torno a sus causas.

Durante el resto del siglo XIX los historiadores norteamericanos, profundamente influidos por los efectos de la guerra civil, adoptaron una actitud crítica con respecto al conflicto entre México y su país, ya que el desenlace de este último contribuyó a radicalizar el problema seccional de los Estados Unidos. Algunos de aquellos historiadores consideraron que la guerra con México había sido el resultado de una "conspiración esclavista" del Sur; otros culparon a la desmedida ambición territorial del Oeste; y otros más responsabilizaron directamente al presidente James Knox Polk. Sin embargo, todos ellos estuvieron más interesados

en explicar el efecto que ese acontecimiento había tenido en su país que en estudiar la guerra con México en sí misma.

El primer historiador que se preocupó por hacer un exhaustivo análisis de la guerra entre México y los Estados Unidos fue Justin Smith, quien consultó la mayor parte de las fuentes disponibles en ambos países. *The war with Mexico*, publicado en 1919, pretendió acabar con la polémica en torno a las causas de ésta. En ella se afirmó que dicho acontecimiento había sido un capítulo más en la lucha por la libertad y el progreso de la humanidad; provocada por la inconsciencia y la arrogancia de los mexicanos, quienes se habían encargado de obstaculizar todos los medios que el gobierno norteamericano les brindó para lograr un arreglo pacífico.

En el transcurso de cuatro décadas el conflicto entre los Estados Unidos y México no despertó mayor interés. Los pocos historiadores norteamericanos que de él se ocuparon repitieron —con algunas variantes— la tesis de Smith. En apariencia, la disputa sobre la interpretación de sus orígenes y consecuencias había quedado liquidada, y en parte esto se debió a que los apoyos documentales de Smith parecían insuperables. No obstante, a partir de 1960 el interés por analizar la guerra del 47 cobró un nuevo impulso; mas a diferencia de la anterior, la nueva generación no se ha manifestado del todo dispuesta a suscribir la opinión de Smith. Su obra es aún un punto de partida y de referencia dados sus incuestionables méritos; mas como en ella también se reflejan todos los prejuicios que caracterizaron al pensamiento norteamericano de las postrimerías del siglo pasado, la hacen susceptible de serias críticas. Así pues, la generación actual ha adoptado un carácter eminentemente polémico con respecto a la misma; se ha empeñado en descubrir fuentes documentales que no fueron consultadas, o bien se ha dado a la tarea de revisar el material que sirvió de apoyo a Justin Smith.

Dentro de esta última categoría se encuentra la obra de Gene M. Brack, que pretende acabar de una vez y por todas con los argumentos de Smith respecto a los orígenes de la guerra. En ella se demuestra que el viejo historiador norteamericano jamás se preocupó por analizar los testimonios de los mexicanos a la luz de las condiciones del momento, sino que se conformó con citarlos cuando así le convino. Y no sólo eso, sino que en ocasiones llegó a desvirtuar su sentido original. Después de revisar acuciosamente el capítulo que Smith dedicó a explicar las causas

de la guerra, Brack concluye que éste no sólo es el más corto de toda la obra, sino que a la vez es el más débil en sus apoyos documentales.

Pero destruir una tesis implica la elaboración de otra que sea más convincente que la anterior. El propósito de Brack es demostrar que la guerra no fue producto de la arrogancia ni de la inconsciencia de los mexicanos. El mismo argumento lo había expuesto el autor en su ensayo titulado "La opinión mexicana, el racismo norteamericano y la guerra del 46" [en *The Western Historical Quarterly*, 1:2 (abril, 1970) y en *Anglia — Anuario del Centro de Estudios Angloamericanos*, 4 (UNAM, 1970)]. En éste demostraba que los mexicanos, que de alguna manera influyeron en las decisiones políticas del país durante los meses anteriores al rompimiento de hostilidades, querían realmente la guerra. Apoyándose en la correspondencia personal de José Joaquín Herrera, Mariano Paredes y algunos otros políticos, diplomáticos y militares, Brack demostró que todos ellos estaban conscientes de la debilidad de México frente a los Estados Unidos. Sin embargo, la postura oficial que adoptaron no fue del todo conciliadora por la constante presión de la opinión pública de su país. Brack se propuso probar que los periodistas mexicanos tampoco estuvieron motivados por un superficial machismo o una inconsciente arrogancia y, mediante el estudio de algunos de los diarios mexicanos, llegó a la conclusión de que el furor bélico de la prensa fue suscitado por el temor a que "la civilización mexicana" desapareciera "en el caso de que los Estados Unidos llegaran a dominar a México".

Después de haber avanzado esta tesis, el autor se propuso darle un ulterior desarrollo, a la vez que un fundamento más sólido, y así surgió el volumen que aquí nos ocupa. Para ello hizo una reconstrucción del proceso que siguió la opinión pública mexicana con respecto a los Estados Unidos desde el momento en que México consumó su independencia política de España hasta los albores de la guerra misma. La idea central fue trazar la gestación del temor mexicano hacia el país vecino y cómo se tradujo en el antagonismo que culminó con la guerra del 47. En suma, para establecer los orígenes del conflicto investigó en publicaciones periódicas, folletos, proclamas y otros documentos, que fueron tanto expresión como elementos de conformación de la opinión pública mexicana entre 1821 y 1846.

Desde el momento mismo en que se establecieron las relacio-

nes entre México y los Estados Unidos, y aun antes —afirma el autor— la opinión pública mexicana manifestó una fundamental ambivalencia con respecto a sus vecinos nortños. Por una parte, admiró y pretendió emular el desarrollo político y económico de los norteamericanos; por la otra, se gestó una actitud de recelo hacia las evidentes tendencias expansionistas norteamericanas. La gestión diplomática de Joel R. Poinsett, con sus abiertas presiones para obtener concesiones territoriales y su directa intervención en la política interna de México, fue determinante para crear ese ambiente de desconfianza.

Poco tiempo fue suficiente para que la dilogía de los mexicanos se transformara en animosidad. Durante la tercera y cuarta décadas del siglo XIX México y los Estados Unidos tuvieron un disímbo y contrastado desarrollo. Mientras el segundo de éstos consolidaba sus instituciones y su economía, México vivía uno de los períodos más caóticos de su historia. La incertidumbre y el desconcierto fueron las notas distintivas del momento. Por su parte, los diplomáticos norteamericanos acreditados ante el gobierno mexicano no se caracterizaron, ciertamente, por su discreción y manifestaron abiertamente sus prejuicios contra los mexicanos. Ello contribuyó a radicalizar el sentir de la opinión pública mexicana. Pero por encima de todo esto, lo que vino a dar impulso a la beligerancia verbal de los mexicanos fue la complaciente actitud del gobierno de los Estados Unidos con respecto a la independencia de Texas, así como ante el injustificado ataque del comodoro Jones al puerto de Monterrey. Cuando en 1844 el congreso norteamericano pasó la resolución conjunta aceptando la anexión de Texas, afirma Brack, el ánimo de los diarios mexicanos estaba preparado para dar rienda suelta a su furor bélico.

El recrudecimiento de la animosidad y beligerancia mexicana coincidió con el de la disputa sobre el problema de la esclavitud en los Estados Unidos. Hacia estas fechas tanto los abolicionistas como los esclavistas habían radicalizado sus respectivas posiciones. Lo que había sido un problema estrictamente moral empezaba a transformarse en un conflicto de orden económico y político que rebasaba los límites de cada una de las secciones. La prensa norteamericana también discutía estos problemas, y en ocasiones los relacionaba con las tendencias expansionistas de su país. Los diarios mexicanos aprovecharon estas circunstancias para enfatizar los aspectos negativos de la sociedad norteamericana y dar

una base moral a sus argumentos en favor de la guerra. Por todo esto, concluye Brack que el furor bélico de la opinión pública mexicana estuvo inspirado en una intrínseca asociación entre el racismo y el expansionismo de los Estados Unidos. En otras palabras, que los mexicanos respondieron agresivamente por temor a que, en caso de que su gobierno adoptara una actitud conciliatoria, fueran anexados a los Estados Unidos y equiparados socialmente a los esclavos negros o a los miembros de las tribus indígenas.

En cuanto a la actitud del presidente Polk, el autor sostiene que éste tenía perfecto conocimiento de la debilidad de México, y por ello asumió que los mexicanos estarían dispuestos a negociar la cesión territorial. Su error fundamental fue el no percatarse de la intensidad del sentimiento antinorteamericano que los mexicanos habían alimentado por años, y que éste obstaculizaría cualquier arreglo pacífico. De aquí que no hubiera contemplado la posibilidad de la guerra sino hasta el momento en que el gobierno encabezado por Mariano Paredes se rehusó en forma definitiva recibir a John Slidell.

La obra del profesor Brack tiene méritos innegables. Hasta el momento es el único intento dentro de la historiografía norteamericana por analizar las actitudes de la opinión pública mexicana en relación con la guerra del 47. Pero no obstante, la obra resulta débil en dos aspectos fundamentales: uno de orden metodológico y el otro de orden interpretativo.

En primer lugar, el autor no hizo una caracterización de los diarios consultados, y cuando esporádicamente lo hace, comete errores evidentes. La prensa mexicana de aquellos años fue algo más compleja de lo que el autor pretende, puesto que la postura ideológica de los diarios cambiaba de un día para otro como la situación política del país. Así resulta aventurado afirmar, por ejemplo, que *El Siglo* XIX era un diario de principios federalistas, porque por lo menos entre 1844 y 1845 no era así. Por otra parte, el autor pone en evidencia que tuvo serios problemas para comprender el lenguaje y consecuentemente la mentalidad de los periodistas mexicanos de la época. Esto, aunado a su precario conocimiento de las circunstancias que México vivió entonces, resulta en una interpretación extremadamente simplista.

Brack exagera la importancia que la opinión pública de México dio al racismo norteamericano. Es un hecho que los mexicanos condenaron en forma abierta la existencia de la esclavitud

en el sur de los Estados Unidos, así como las arbitrarias medidas adoptadas por el gobierno norteamericano con los grupos indígenas de su territorio, y que en ocasiones asociaron estos fenómenos con sus tendencias expansionistas. Pero también es un hecho que los periodistas mexicanos, hacia 1845, estaban lo suficientemente bien informados sobre la complejidad del fenómeno expansionista norteamericano como para asociarlo únicamente con los dos aspectos antes citados. Más aún, el autor mismo así lo deja ver en el transcurso de su obra, y sólo hasta el último momento, basándose en dos o tres citas, concluye que los mexicanos estaban atemorizados ante la idea de ser equiparados socialmente a los esclavos o a los indios.

En suma, si Justin Smith nos presentó a una opinión pública mexicana arrogante e inconsciente de las limitaciones de su país, Brack nos la muestra extremadamente emotiva, y a fin de cuentas ignorante. Al parecer, el autor, influido por los acontecimientos norteamericanos de la década de 1960, parece más interesado en mostrar un ejemplo de la adversa imagen que los Estados Unidos son susceptibles de proyectar —y del potencial conflicto que ello trae consigo— que en explicar de verdad los orígenes de la guerra del 47 o el punto de vista de la opinión pública mexicana de aquellos años.

Jesús VELASCO MÁRQUEZ
State University of New York,
Stony Brook

David J. WEBER (ed.): *El México perdido — Ensayos sobre el antiguo Norte de México — 1540-1821*, traducción de Ana Elena Lara Zúñiga, Héctor Aguilar Camín e Isabel Gil Sánchez, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, 166 pp. «SepSetentas, 265.»

Esta breve antología de estudios históricos, que en pocas líneas presentan un aspecto del Septentrión, son un almacén de sugerencias para adelantar el estudio de la historia de lo que fueron las Provincias Internas del virreinato de Nueva España.

En buena medida los autores de los artículos quisieron rever la interpretación que se ha dado a una historia que para los mexicanos no tiene mayor atractivo, pero que a los estadounidenses